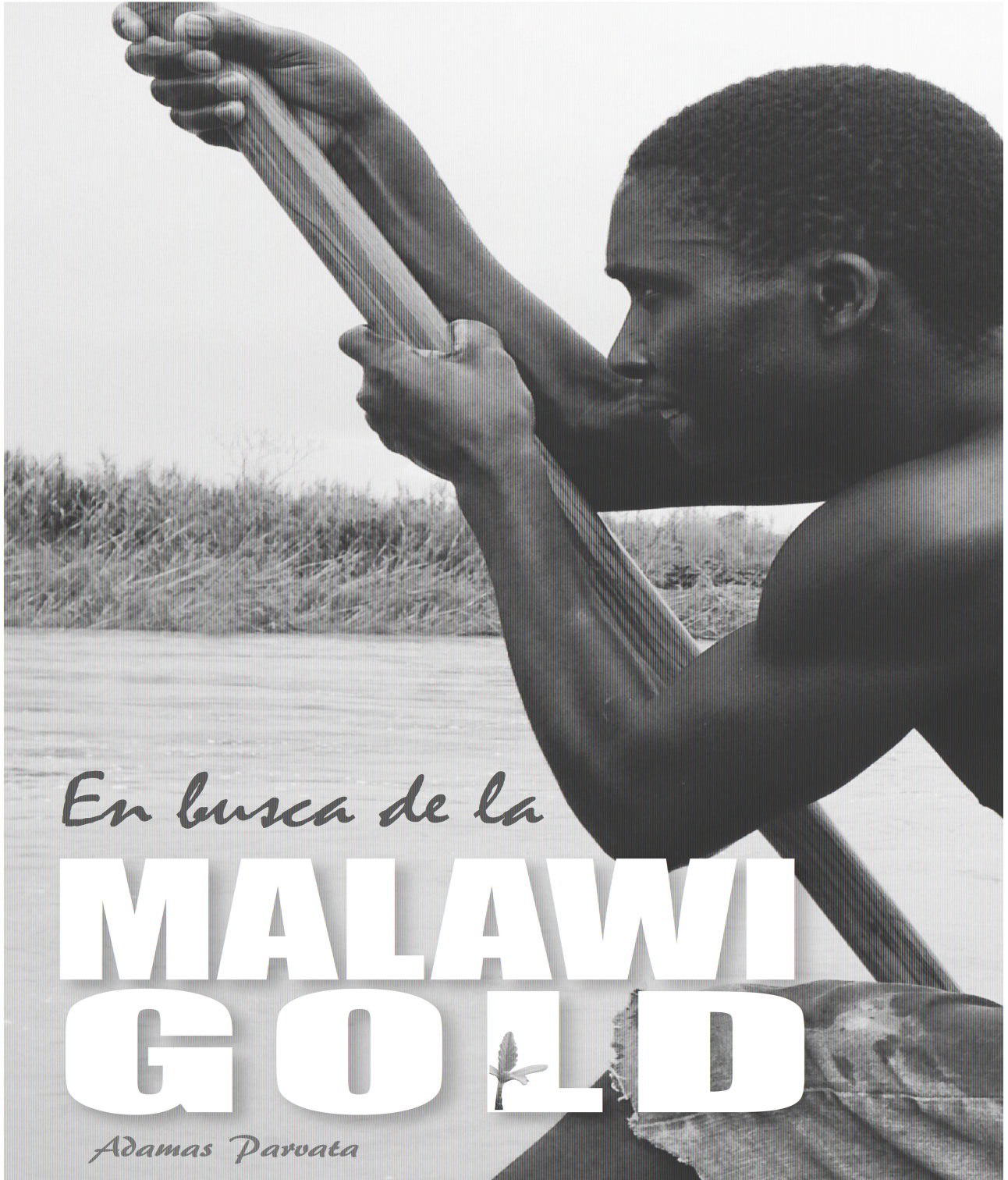


En busca de la Malawi Gold

Adamas Parvata



# Capítulo 1

A aquellas aves cantoras que, encarceladas por sus amos, se ven, a diario, privadas de la libertad de volar.

## **TABLERO DE DIRECCIÓN**

Este libro es varios libros, el lector lo puede leer de diversas maneras, aunque básicamente contiene dos. La primera y corriente, empieza en el capítulo primero y termina en el capítulo 23, al pie del cual se encuentran tres llamativas estrellas que equivalen a la palabra fin. En consecuencia, el lector podrá prescindir de lo que sigue.

El segundo libro empieza en el capítulo 44 y se debe leer, por recomendación del autor, según se indica en el tablero de dirección. Es el orden que recomienda el autor.

44 - 1 - 45 - 2 - 36 - 3 - 24 - 4 - 5 - 30 - 31 - 6 - 26 - 27 - 28 - 29 - 7 - 8 - 9 - 34 - 38 - 10 - 41 - 11 - 43 - 35 - 47 - 48 - 49 - 50 - 51 - 52 - 53 - 12 - 13 - 14 - 15 - 42 - 33 - 16 - 25 - 39 - 17 - 37 - 18 - 19 - 19+ - 40 - 19++ - 20 - 46 - 21 - 54 - 22 - 23 - 32

Y si no hubiera fijado mis ojos en el maestro, jamás hubiera adquirido siquiera la destreza de tomar el cincel y labrar incluso las capas más toscas de la escultura. Y no es que quiera, en lo más mínimo, parecerme a él. Virtudes tal altas como las del maestro son imposibles de alcanzar. Más si he de transitar por varios de los caminos que encuentro a mi paso, uno de ellos ha de ser el camino marcado por el que ha sido el mejor.

Escuela Quiteña

Anónimo, 1746

## **RECORRIENDO MALAWI**

**1**

Mi primera experiencia satisfactoria con marihuana se dio la noche de un miércoles, en el que con mi novia Genoveva, nos encontrábamos solos en su casa; fue el resultado de un juego exploratorio pensando entre ambos, en el que nos propusimos descubrir los efectos de una planta de la que todo el mundo hablaba, pero de la cual, pocos a nuestro alrededor tenían conocimiento probado. En palabras sencillas, decíamos que, como en la mayoría de los casos, 'la gente mucho habla, pero poco sabe'.

Teníamos la certeza de que comprarla y consumirla en Ecuador era ilegal, pero también sabíamos que era obvio que poseyendo los contactos adecuados, adquirir los gramos suficientes para experimentar los efectos, era negocio fácil. Y así fue, el ágil trabajo de Genoveva nos llevó a contactar con la expendedora, una mujer dulcemente apodada como *la abuelita*, quien por el módico precio de ocho dólares, nos vendió dos negritos de chocolate, conocidos en el mundo de la marihuana como *Happy Brownies*.

¿En qué se basaban los vendedores para escoger sus sobrenombres? El futuro encuentro con nuestro *dealer* nos intrigaba; ¿Cómo sería el aspecto de una mujer apodada la abuelita? Aquel miércoles por la noche, Genoveva se adelantó a la hora pactada, me recogió unos minutos antes, estresada por la posibilidad de que impacientáramos, con el retraso, a nuestra proveedora. Apenas subí al auto, apretó a fondo el acelerador hacia nuestro destino. Cerca de llegar al lugar indicado, una calle poco transitada y oscura de Ceibos norte, sugirió escribirle un mensaje de confirmación: 'estamos llegando', pusimos. Ella lo leyó de inmediato, contestó con las letras 'OK' en mayúsculas, nos esperaba.

Al mirar derecho a través de la ventana, estacionados enfrente del lugar pactado, al verla en actitud de espera, su cabello rojizo, rizado y abultado, lo único llamativo de su talante, por lo demás muy natural, su movimiento de cabeza hacia ambos lados de la calle, supimos al instante que ella era la abuelita. Hizo señas para que nos acercáramos, pero solo yo bajé, Genoveva permaneció en el auto, por si acaso. Frente a ella, impregnado del color rojizo de su cabellera, me dispuse sin pensarlo a saludarla con un beso en la mejilla, como si de una amiga se tratara. No se opuso, seguramente reconoció mi nerviosismo y me siguió los pasos, y al poco rato, me condujo disimuladamente al intercambio.

'¿Alguna duda? ¿Tienen experiencia con el producto?', preguntó al entregarme los paquetes con un apretón de manos.

'Tenemos cierta idea', le dije, disimulando mi inexperiencia. 'Por el momento no necesitamos nada más'.

¿Qué tan difícil podía ser comerse dos pequeñas tortas de chocolate? Mi verdadera abuela era experta en la elaboración de tortas y nunca, mientras estuvo en vida, tuve problema en ingerir una de las que solía

preparar; ¿por qué podría tener ahora alguna dificultad? Nos despedimos con naturalidad y empecé a caminar de regreso al auto. Solo una idea repentina que atravesó mi cabeza suspicazmente hizo que me devolviera, '¿un brownie entero para cada uno está bien, verdad?'

'Con uno por persona basta', me contestó. 'Si necesitan más, ya saben cómo contactarme'.

Aproximadamente media hora después decidimos que el momento de ingerirlos había llegado.

(-45)

## 2

El tiempo corría, mientras los dos negritos de chocolate (cortados en ocho pedazos) esperaban su turno de ingestión, encaramados ambos sobre sendos platos colocados en la mesa de la sala.

'¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Adamas? ¿No te preocupan los efectos?', me preguntó Genoveva, vacilante.

Siendo ambos inexpertos en el asunto, nos observábamos uno a otro de manera expectante, como tratando de averiguar en la expresión contraria, una luz de información sobre lo que nos esperaba.

'Por algo los compramos, ¿no?'

'No lo pensemos más, ¡hagámoslo!'

Enseguida me eché a reír, de la duda inquisidora había pasado a la seguridad irrefutable. Ese era el estilo de Genoveva, no meditaba, actuaba.

'¿De qué te ríes? A estas alturas, es imposible que nos arrepintamos. Aquí está el tuyo, abre la mano', ordenó. Había tomado uno de los pedazos, lo dejó sobre mi mano y tomó otro para sí.

'¡Hagámoslo!', le respondí, introduciendo en mi boca el pequeño trozo, apreciando en él el sabor del chocolate, la textura de la masa, la temperatura de recién horneado.

'Es delicioso, ¿por qué nunca antes los habíamos probado?'

'No sé. ¿Sientes algo?'

‘Nada, ¿y tú?’

‘Nada’.

‘Quizás deberíamos comer otro pedazo’, dije. ‘Tomemos dos más y que esos vayan de mi parte’.

Tomé otros dos pedazos y los repartí. Transcurridos treinta minutos, nada había sucedido. Genoveva se impacientó, ‘no siento nada’, gruñó.

‘¿Nos comemos lo que falta?’, pregunté.

‘Sí, comamos todo’.

‘¿No será demasiado?’

‘¿No te dijo la abuelita que uno por persona era la cantidad adecuada?’.

‘Está bien, comámonos los que faltan’.

Otros treinta minutos pasaron.

‘¿Sientes algo?’, pregunté.

‘Adamas, mi cabeza está vibrando, mi cuerpo, lo puedo sentir’.

En poco más de una hora de ingerido el primer bocado empezó una noche crispada para ambos, de extremo a extremo nuestros cuerpos se contagiaron de la planta, adquirieron su sensibilidad, en ocasiones su prodigiosa contemplación de la vida, de las transformaciones que ocurren en el espacio; anduvimos por escenarios que variaron entre la alegría y el llanto, la emoción y la tristeza, la actividad inquieta y el letargo, la pasión repartida entre mil caras y una sola cama, y los sueños sin dormir. De la nada aparecieron escenarios que en ese entonces se manifestaron como indicadores de un futuro lejano, la vida en frente de un lago, la literatura, el arte; pero también como representaciones de vidas pasadas, una princesa esquizofrénica danzando alegre en un traje carmesí elaborado con la tela de sus sábanas, un homosexual gozoso sodomizado por sus amantes en el respaldo de un asiento. ¿Qué significaba todo eso?

Las respuestas eran escasas, al contrario de las interrogantes, que empezaban a surgir. La gente mucho habla, pero poco sabe, pensábamos con Genoveva, y era verdad. ¡Cómo no hubiera deseado poseer los conocimientos adecuados de la psiquis humana para comprender lo que pasaba por nuestras mentes! ¡Cómo no hubiera querido tener la información necesaria para responder todas las preguntas que punzaban!

Quince horas más tarde, después de una noche mágica en la que la conexión entre ambos fue inconmensurable, los efectos perduraban, mínimos, pero notorios. Nuestra primera experiencia con marihuana había sido intensa, enriquecedora, quizás excesiva la cantidad ingerida, pues duró demasiado, pero mágica. Supimos entonces que volveríamos a probarla, que la mantendríamos dentro de nuestra dieta básica y que nunca dejaríamos de cuestionarnos, debíamos encontrar las respuestas a todas las interrogantes.

Sin embargo, en ese entonces aún no sabíamos nada, ni siquiera que debíamos llegar a Zambia, a Malawi, a aventurarnos con Diego y La Yapaneza, y específicamente a conocer a Kelvin, para podernos contestar. Habíamos empezado, sin saberlo, a prepararnos para un largo viaje.

(-36)

### 3

Esa vez con Genoveva, por supuesto, no fue la primera vez que supe de la existencia de la planta. Desde mis años de adolescente ya conocía de ella, de las técnicas de fumarla, de los daños que causaba y que se promulgaban a viva voz en los periódicos, entre la gente; además, sabía de su ilegalidad, que a pesar de todo permitía que su posesión y consumo fueran demasiado fáciles. Mi primo, el Pistola, fue quien me introdujo en su mundo por primera vez. Teníamos la misma edad, vivíamos en la misma casa, estudiábamos en el mismo colegio, íbamos a las mismas fiestas y jugábamos en el mismo patio; compartíamos casi todo, solo las mujeres nos respetábamos. Pero incluso, para pelear, nos buscábamos. Éramos tan cercanos, casi como hermanos, que resultaba inexorable que lo que el uno hiciera, el otro lo hiciera también.

No comprendo entonces, por qué yo nunca fumé. Cuando el Pistola y sus amigos lo hacían, bien sea en sus pipas, agujereando manzanas o peras, o enrolando la hierba en papel de tabaco, yo solo los observaba, sin llegar a probar. Siempre me negaba a intentarlo cuando me ofrecían una pitada. Ahora creo, que si no lo hice, fue por el miedo a las consecuencias que fumar me podía ocasionar. Mis padres, los mayores en general, decían que dañaba las neuronas, que te volvía tonto y hasta vándalo. Yo lo tenía eso muy claro. Las noticias, los anuncios gubernamentales, se encargaban muy bien de recordármelo casi a diario.

Lo bueno es que, en relación al Pistola, se equivocaron, nada de eso le sucedió. Lo que sí pasó es que se modificó de cierta manera su carácter, se volvió nostálgico, menos provocador, más pacífico, aunque de todas formas siguió siendo buena persona, activo, responsable. Por supuesto, no puedo afirmar que ese cambio en su personalidad haya sido consecuencia de la fumada, quizás simplemente fue resultado de una vida que indefectiblemente iba a desencadenar en ese cambio. La verdad no lo sé,

es probable, pero sin importar lo que haya sido, la realidad fue que a pesar de estar tan conectados, el fumó y yo no.

De todo lo que vivimos con el Pistola, el evento más dramático fue aquel en el que tuve que acompañarlo a la cárcel. Sucedió una noche cuando caminábamos por la avenida Amazonas, en busca de un contacto de compra. Caminábamos los dos, junto a un vecino nuestro, coetáneo, cuando tres policías nos rodearon de prisa y acorralaron contra una pared. Fue uno de esos actos fulminantes, que te toman por sorpresa sin tú saber cómo reaccionar, simplemente ocasionándote terror. '¡Abran las piernas, escorias!', nos gritaron, 'las palmas hacia la pared'. Empezaron entonces el cateo por la espalda, por la cintura, por la entrepierna.

A medida que rebuscaban, el rostro del Pistola traspiraba, me miraba con ojos angustiosos, de preocupación. Su maleta la revisaba el que parecía tener el mando. Vestía con traje de camuflaje y una máscara que le cubría el rostro, dejando asomar por su delgada abertura superior, únicamente unos impactantes ojos de un brillante color azul. Se tardaba tanto, abriendo cierres, hurgando, olfateando hasta el último rincón, que resultó imposible que no encontrara algo. '¡Aquí está la prueba!', gruñó, sus resplandecientes ojos azules fijos en el Ziplock sostenido en su mano. '¡Llévatelo detenido, Suárez!', ordenó con firme voz. El Pistola sudaba.

'¿Qué hacemos ahora, Adamas?', me preguntó, acongojado.

'¡Muévanse ustedes también! ¡Escorias de la sociedad!', nos gritaron, dirigiéndose a nosotros.

'Llamar a tus padres'.

'Me van a matar, Adamas'.

'¿Y qué más quieres que haga, Pistola?'

'No los llames'.

Si una maldición salió de mi boca en ese momento, no lo puedo recordar. Unos cuantos gramos de marihuana, en el lugar equivocado, lo llevaban al Pistola directamente a casa, y a mí, como cómplice, en la tarea de avisar a sus padres. A nuestro vecino lo habían dejado marchar, así que ahí estábamos unos minutos más tarde, en la Delegación Central No. 15, cercana a la avenida Colón, él entre las barras y yo al teléfono, consolando a mi desesperanzada tía, que lloraba a mares por su bebé de quince años. 'Mi chi-quito, ¿có-moes-tá?', tartamudeaba. 'Qué-nole-hagan-da-ño'. Entre sus llantos, podía escuchar, a lo lejos del auricular, a mi tío lamentarse y buscar en voz alta una solución. 'Tranquila Martha', le decía con su voz firme y gruesa, 'pagamos la fianza y mañana lo sacamos, esta noche se quedará ahí, por pendejo'. En efecto, por pendejo, tendría

que pasar la noche tras las barras, acompañado de un borracho, a quien habían detenido minutos atrás, y quien en la misma celda que mi primo, cantaba *'María bonita no te vayas, quédate un poquito más'*, mientras yo terminaba la conversación.

'¿Y a este por qué lo meten?', les pregunté a los guardias, un poco atemorizado por su ubicación en la misma celda que mi primo. 'Embriagarse no es ilegal'.

'Es un borracho belicoso que suele hacer relajo en las calles aledañas. Cuando lo traemos aquí se calma. Ya lo hemos agarrado varias veces, en un momento se dormirá'. El policía que lo había llevado y se limpiaba las manos con una toalla, me contestó.

Tras escuchar sus palabras quedé aliviado, y así lo hizo el Pistola, que había palidecido al verlo entrar junto a él. Rato después nos despedimos con un abrazo entre los barrotes y yo salí hacia la noche fría de la ciudad. Una mujer rubia y voluptuosa, con menos ropa que pintura en el rostro, me sonrió. Se me ocurrió que podía ser la María bonita de la canción del borracho, pero por supuesto, no lo iba a averiguar. Otra mujer, de similares características, aunque morena, pasó casi enseguida, detrás. Me sonrió, igualmente. Era algo extraño. Decidí que era mejor ir a casa, las tentaciones nunca son provechosas si llegan con tanta facilidad, ¿o sí lo son? Apenas llegué, corrí a mi habitación sin pasar por la de mis padres, enseguida me dormí, un largo día había pasado.

A la mañana siguiente me levanté con el palmoteo que me daba el Pistola sobre la espalda. Era una suerte que sus padres hubieran podido pagar la fianza y hacerlo salir por la mañana, antes de que tuvieran que procesarlo o trasladarlo a una cárcel mayor. Tenía una sonrisa del tamaño de su cara, 'no estás soñando, burro, ya salí', me dijo.

'Déjame dormir, infeliz', le susurré entre sueños. 'Pero que bien que ya estés aquí'.

'Nos vemos más tarde', me dijo, mientras se marchaba.

Lo escuché bajar las escaleras a grandes saltos. Yo permanecí entre las sábanas, medio despertando, haciendo un recuento de los acontecimientos pasados; el Pistola no era una mala persona, pero de todas formas había sido llevado a la cárcel. ¿Estábamos seguros, como sociedad, de que encarcelábamos a las personas adecuadas?

(-24)



Años más tarde nos aventuramos con el Pistola a cultivar la planta en el patio de nuestra casa. El tipo que nos la vendió era un compañero mío de la universidad, un granuja al que llamábamos Santiago, pero quien de seguro utilizaba otro nombre en el mundo de la farándula. Vestía siempre con jeans apretados, de esos que por moda lucían desgastados, los que combinaba con coloridos zapatos deportivos, camisetas de manga corta, una chaqueta negra de cuero, de piloto de carreras, para los días de frío, y una gorra de color gris de la marca *Vans*, que nunca se quitaba, y que era su mayor rasgo distintivo. Yo lo consideraba un tipo con estilo, tenía una actitud que me resultaba respetable. Le gustaba impresionar a las chicas, ya sea con el mejor auto, un departamento de lujo o las suscripciones a las discos de moda, que cada fin de semana frecuentaba. Era bueno con lo que hacía, y además tenía algunas plantas de marihuana en su casa, que vendía para obtener el dinero con el cual galantear. Conocía en detalle los cuidados que debían tomarse para poseer una plantación saludable, e informaba claramente de ello al comprador; en ocasiones, incluso, cerraba la compra ofreciendo una prueba del producto entregado.

‘Es *cannabis sativa* la que están llevando’, nos dijo el día que lo visitamos en su casa. ‘Si desean podemos probarla’.

‘Hagámoslo’, dijo el Pistola, entregándole su pipa a Santiago.

Como yo no quería probarla, fue el Pistola quien se encargó de cerrar el trato. Mientras los observaba, me preguntaba cómo había hecho Santiago para conseguir las plantas. Cómo se manejaba aquel mundo de los expendedores, cómo se verían, cuáles serían sus personalidades. Si en ese momento alguien me hubiera dicho que, años más tarde, llegaría a sentarme junto a un reputado vendedor de marihuana, no me lo hubiera creído. Por aquel entonces solo sabía que Santiago era solo un aficionado, de él no podía tener un modelo fiable.

Finalmente, nuestro cultivo resultó ser una empresa perdida. Todo terminó con la planta marchita, y con nuestras ganas de tener nuestro propio sembrío ilegal, directamente por el piso. Era innegable que todo se había tratado, simplemente, de un capricho de juventud, que mi padre bien supo reconocer.

‘¿Por qué la compraste?’, me preguntó al verme arrancando las últimas raíces que quedaban. Su rostro era serio, y duro el tono de su voz. Yo lo miré indeciso, sin saber si me reprochaba por haberla comprado o por haberla dejado morir.

‘No lo sé, lo hice porque me parece curioso que sea ilegal. Si la ves sin prejuicios es solo una planta. La verdad no me gusta fumar’. Su rostro se

ablandó ligeramente y me sonrió.

‘¿Sabes lo que se puede obtener de esa planta?’

‘Marihuana para fumar, lo sé’.

‘¿Y sabes qué causa fumarla?’

‘He escuchado comentarios, pero no la he probado, no sé exactamente qué causa. ¿Lo sabes tú?’

‘Tampoco la he probado, pero es malo fumarla’

‘¿Por qué?’

‘Porque puede dañar tu mente, hijo’

‘¡Pero no la has probado, el Pistola...!’

‘Yo sé que el Pistola es como tu hermano, sé que fuma, solo no te dejes influenciar. No sé qué consecuencias tendrá en él’.

‘No me dejaré, papá, pero quisiera averiguar un poco más’.

‘Ten cuidado con lo que quieres, Adamas, ten cuidado’.

De aquella conversación con mi padre empezaron a bullir en mí nuevas inquietudes, decenas de preguntas incontestadas; fue creciendo continuamente, en mi interior, ese deseo de conocer personalmente lo que se experimentaba con la marihuana. ¡Es mala! ¡Es adictiva! ¡Es la puerta para probar cocaína! ¡Si pruebas marihuana y te gusta, te vuelves vago! era común escuchar. Y, al mismo tiempo, tenía el ejemplo del Pistola que me demostraba todo lo contrario. ¿Cuál era la verdad? Tenía que descubrirlo yo mismo, pero el miedo que me habían causado aquellos mensajes, alertándome de su perjuicio, retardaron mi aprendizaje.

Ya cuando conocí a Genoveva las cosas habían cambiado, tenía entonces treinta y cinco años y me apasionaba descubrir cosas nuevas, romper los mitos existentes en la sociedad. ‘Si no lo experimentas por ti mismo, no lo sabes’, le dije a Genoveva alguna vez que conversamos. Fue de esa manera que surgió nuestro pacto, y que terminamos, aquella noche en su casa, con los negritos de chocolate. Si en adelante, los brownies de la abuelita entraron a formar parte de nuestra dieta semanal, no fue porque hayamos pensado que debíamos continuar las pruebas acerca de sus efectos (habíamos descubierto que como con cualquier sustancia, postura ideológica, alimento o actividad, los excesos pueden ser perjudiciales, mientras que su aplicación correcta puede beneficiar), simplemente nos

gustaba su sabor y el toque agradable que le daba a la vida en general.

Por supuesto, una cosa lleva a la otra, lo que pensamos, lo que hacemos, determina los caminos que tomamos. Todo aquel aprendizaje terminó por llevarnos a Zambia, a Diego y a La Yapaneza, a Malawi, a Kelvin y Kelvin a su verdad.

(-5)

## 5

Conoces a alguien y tu vida cambia.

Desde el primer día de conocer a Diego y a La Yapaneza en el aeropuerto de Livingstone, cuando fueron a recibirnos, ya debimos haber sospechado que, de juntarnos con ellos, nuestras vidas terminarían tomando un rumbo que, nunca antes, hubiéramos pensado llegarían a tomar. Delgados, desordenados, fanáticos de la cerveza y del cigarrillo, eran, en promedio, cinco años menores a nosotros dos, y en oposición nuestra, expertos en el arte de fumar marihuana, al igual que expertos negociantes, características que, todas reunidas, determinaron lo que vivimos juntos más adelante.

Cuando los conocimos en Zambia (como parte de nuestro proyecto exploratorio sobre las incongruencias de la sociedad, Genoveva y yo habíamos salido en un recorrido por el mundo) ya llevaban cinco meses de viaje, además de un año de romance en Bristol, y a primera vista, no daban señales de buscar nada arriesgado. Incluso al irnos nosotros de Zinga, la hostel en la que nos hospedamos y confraternizamos, la despedida fue de lo más calmada, por lo que realmente, de inicio, no tuvimos pruebas suficientes para saber, de antemano, lo que nos esperaba.

Claro que estuvieron los episodios del Gueto y la escapada de las cebras, pero fueron eventos aislados que en su momento no conecté y que simplemente atribuí a la jovialidad y entusiasmo de Diego, pero a nada más. Fue únicamente después de volvernos a encontrar, entrar a Malawi y contactarnos con el primer traficante de marihuana, que todo empezó a tener más sentido y los hechos empezaron a conectarse. Pero de inicio, todo fue de lo más normal, aunque la palabra normal quizás no sea la más adecuada. ¿Qué es lo normal, a fin de cuentas? ¿Aquello a lo que estamos acostumbrados?

Lo único que si no me cuadraba desde el inicio, era que encontrándonos en uno de los países más pobres del planeta, quisieran obtener de los vendedores, incluso los centavos. Al negociar con ellos, sus rostros se mantenían impávidos, la dureza en sus facciones asomaba, '¿setecientos cincuenta Kwachas por siete aguacates?', preguntaban indignados.

`iDemasiado! Te damos Quinientos Kwachas`.

Su actitud me exasperaba. `iYa exageran!`, les reprochaba. `¿Menos de un dólar por los siete aguacates?`

A Genoveva, en cambio, su poder de negociación le encantaba, y se recriminaba por nuestra incapacidad de lograr iguales resultados, `¿por qué no somos así?, me preguntaba con una lánguida sonrisa cuando ellos aparecían triunfantes con una gruesa mueca de alegría en sus rostros y siempre repitiendo la misma frase, `ipor ser extranjeros estos negros nos quieren ver la cara, pero no podemos dejarnos!`

Pero eliminando eso, de inicio todo transcurrió con normalidad. Para cuando yo salía a orinar, abandonando la cabaña de estilo tradicional malauí (circular, de madera y con techo de paja) donde dormíamos con Genoveva, desde la puerta de los baños compartidos ya veía a Diego deambulando hacia la barra del bar con su portátil y una taza de café en la mano. Su trabajo como voluntario de Zinga era el de incrementar la presencia de la hostel en los sitios de búsqueda de internet y, por lo tanto, atraer nuevos huéspedes al lugar. A pesar de lo acogedor del mismo, era escasa la cantidad de turistas, así que mientras él le dedicaba tiempo a la promoción publicitaria y la selección musical ("no music no life" era su frase favorita), La Yapaneza lo complementaba dotándole de más color a la pared posterior del bar, que aún se encontraba vacía. Era la única que no disponía de decoración alguna, pero gracias a su esfuerzo, tras cada trazo fue surgiendo en ella una trilogía de mujeres africanas de gruesas caderas, bustos prominentes y labios gruesos sujetando porros de marihuana, que finalmente le dieron el toque faltante a aquel escenario repleto de jirafas, elefantes y demás animales salvajes, propios de la fauna local. Entre ambos hacían del bar del hostel, un lugar acogedor para pasar el rato.

Antes de continuar, me detendré por un momento a explicar el apelativo de La Yapaneza. Realmente, su verdadero nombre era Lan Xin, pero una confusión mozambiqueña (realmente una confusión mundial por la cual tendemos a calificar a las personas de acuerdo a la imagen mental que, de determinados grupos humanos, poseemos) logró que incluso Genoveva y yo, termináramos utilizando el apelativo de La Yapaneza, para una mujer proveniente de Taiwan. Por cierto, rechazaba rotundamente que alguien confundiera su nacionalidad o no considerara independiente a su país (conflictos sociales causados por la política), aunque más que eso, lo que más detestaba era que su nación vecina tuviera aún intereses por apropiarse de la isla. Por ello, siempre encontraba algo sobre lo cual recriminarla.

`No sé cómo explicarlo`, nos comentó en una ocasión. `Lo que me molesta es saber que ocultan las cosas. No se puede googlear ni tener Facebook ni ver videos en Youtube, y la información que buscas en la red tiene un

filtro. El gobierno los controla’.

‘Pero nunca has vivido en China. ¿Cómo lo sabes?’

‘Todo el mundo lo dice, Adamas, es de conocimiento mundial’.

‘¿Y no sucede eso a nivel global? Lo del control de los gobiernos’, cuestionó Genoveva. Había preparado una torta mágica de chocolate (había aprendido a elaborar una similar a la de la abuelita), y la comíamos entre los tres cuando la conversación empezó.

‘Puede ser que sí, pero es China. Tú sabes, allá están mis raíces. ¿No es más odioso cuando se trata de algo que te atañe a ti misma?’

‘Me gusta esta marihuana, te relaja, ¿no creen?’, pregunté.

‘Tal vez todo dependa de la perspectiva, Lan Xin. Ahora estamos en África e igual es irritante saber que los gobiernos se llevan el dinero y dejan que la mayoría de la gente tenga apenas para sobrevivir. Y no somos de aquí, pero es intolerable igual’.

‘De hecho, todo control de los gobiernos es detestable. O más que el control, lo frustrante es a quienes damos el control. No piensan ustedes que deberíamos ser, todos los humanos, votantes de un gobierno global. Por ahora tenemos presidentes que deciden, a su antojo, la dirección del mundo. Y nosotros, ajenos a todo, los dejamos hacer, los observamos por televisión como si fuesen parte de un show, en sus palacios de gobierno, en los magníficos salones de las Naciones Unidas, viajando por el mundo, reuniéndose entre ellos en sesiones privadas, discutiendo personalmente o en grupo, de qué manera hacerse con el poder total. Y no hacemos nada para evitarlo. Seguimos de cerca sus reuniones interpersonales, sus affaires, sus mensajes denigrantes en las redes sociales, sus escándalos. Qué una persona, ¿"un líder"? pueda decidir enviar a cientos de soldados a una guerra en un país ajeno al suyo, y la mayoría de pobladores del planeta no hagamos nada para detenerlo, es consecuencia de vivir en un mundo de locos. ¿Acaso nadie se ha dado cuenta de que tenemos desperdiciado un potencial de mentes y fuerza humana de más de siete billones de personas? ¡Deberíamos estar ya habitando en otros planetas y compartiendo el Universo con otras civilizaciones! Y miren que digo compartiendo, no conquistando ni explotando, como se hizo en otras épocas. Pero no, los líderes discuten por presupuestos armamentísticos, por quién tiene el país más poderoso, aún ni siquiera logran el desarme nuclear. ¡Necios!, somos un solo planeta y una misma especie. ¿No creen que un poder oculto exista tras los presidentes? Si no es así, es ilógico y sin sentido todo el teje y maneje de la política mundial’.

‘Ay, Adamas, me alejas demasiado de lo que estaba pensando. Decía que en China las personas no votan, es un único partido el que los dirige’, dijo

La Yapanesa. 'Quizás a ti no te afecte porque a ti el gobierno no te puede hacer desaparecer si no eres de su línea'.

'En América Latina tenemos el derecho de elegir a quienes nos dirigen y a pesar de eso los resultados nos afligen. Además, recuerda que no solo en China el gobierno te puede hacer desaparecer, ese poder es global y no solo de los gobiernos, sino del dinero. Lo mejor sería crear nuestro propio sistema social, sin religiones y sin dinero, los dos mayores vicios destructivos de nuestra sociedad actual. Pero es un largo proceso el que debemos recorrer para llegar a aquello'.

'Ay, Adamas, tú y tus filosofías imposibles de crear', murmuró Genoveva, mientras retrataba en una hoja a un viejo barbudo observando el infinito.

Un aguacero pertinaz caía sobre Zinga, anunciaba el inicio de la temporada lluviosa. Genoveva nos repartió los últimos tres pedazos de la torta mágica. '¿Has ido a Nepal, Lan Xin?', le preguntó a La Yapanesa. 'Estuve leyendo que allá la gente tiene una energía muy positiva, que se respira tranquilidad y no se percibe la diferencia social. No sé si sea por el chiflete o porque la mayoría de sus habitantes son budistas'.

'¿Por el qué?! ¿Chiflete?', preguntó La Yapanesa, confundida.

'Chiflete, Lan Xin'. Genoveva se reía.

'Chiflete', repetía La Yapanesa.

'Chiflete, Lan Xin, CHI – FLE – TE. Así nos referimos a la marihuana con mis primos en Ecuador'. Si estás chifleteado, es que ya tienes los efectos de la hierba'. Lan Xin y Genoveva no paraban de reírse.

'¿Entonces, estamos chi-fu- teados ahora?', preguntó.

'iDe seguro! Si ya pasó una hora desde que los comimos. Deberíamos ir a Nepal, Adamas, leí que allá se consigue el chiflete baratito'. Al decir baratito, Genoveva se ayudó de señales hechas con sus manos para resaltar lo dicho. Tenía esa manía de utilizar el cuerpo como simbología. Decía que de esa manera la gente logra recordar mejor lo que uno dice.

'Puede ser que sea por las dos razones. Los budistas viven una vida relajada, alejada de todo vicio, y el chiflete consigue hacerte pacífico. Iremos', le dije.

'Si van ustedes, yo me uno', añadió La Yapanesa.

'Yo no entiendo', prosiguió Genoveva, ya sin reírse. El tono de su expresión era de seriedad. '¿Por qué la prohíben? Deberían prohibir el alcohol, eso sí es dañino. La mayoría de muertes por accidentes es

causada por efectos del alcohol. Pero es mentira que el chiflete te vuelve loco o tonto y te lleva a ser adicto. El azúcar, el cigarrillo, ambos son adictivos. La primera te vuelve obesa, te causa diabetes, el segundo ocasiona cáncer. Buena parte de los programas de televisión y de los juegos de video embrutecen a más de tres cuartos de la población mundial, y no la prohíben, se venden más cada día. ¿Es mentecata esta sociedad?’.

Por un momento las palabras se silenciaron, escuchábamos *Human Nature* en un solo de saxofón. Era verdad lo que Genoveva decía. Sabía por experiencia propia que la marihuana no era adictiva, ni propiciaba experimentar el consumo de sustancias como la heroína. Pero quizás todo dependía de la madurez del consumidor y de su personalidad. Desconocía cuál habría sido nuestro destino si hubiésemos empezado a probarla desde niños. Mientras más temprano se empieza un hábito, más perdura en la conciencia y los comportamientos. La educación básica, por ejemplo (inculcada desde el pre kínder, y sin un conocimiento profundo de las necesidades y potencialidades reales de cada niño), causa que los estudiantes acepten, por el resto de sus vidas, la tediosa y aburrida costumbre de pasar encerrados ocho y hasta diez horas de cada día en un aula y luego en una oficina, alejados del disfrute de la vida. Así como los videojuegos violentos generan mayor violencia, de adultos, en quienes los juegan de pequeños. No por eso los prohibían. ¿No era mejor la regulación consciente?

‘¡Ey, Adamas! ¿Escuchaste lo que dije?’

‘¿Algo de tener hijos, Genoveva?’

El dolor que el ligero codazo de Genoveva produjo en una de mis costillas, provocó que abandonara mi reflexión. Habían cambiado de tema mientras yo rumiaba las ideas en mi cabeza. Por las pocas palabras que había captado, sabía que discutían acerca de la población mundial.

¿Si tienes idea de la cantidad de niños que nacen en el mundo cada día?, preguntó.

‘No tengo idea, Genoveva’.

‘¿Cómo es posible que las personas quieran seguir teniendo hijos? ¿No se dan cuenta de que ya somos un número excesivo? Hace tiempo que rebasamos la necesidad de reproducirnos para perpetuar la especie. Ahora somos como una plaga que se reproduce descontroladamente y acaba con todo a su alrededor’

‘Y en Asia es peor, Genoveva, caminar por las calles es como estar entre

hormigas', dijo La Yapanesa, ofuscada.

Su conversación me hizo recordar el fragmento de un poema que había leído:

Si en lugar de tumbas

Árboles se plantaran

Como un bosque de muertos

La vida renacería

Mas, ciudades emergen

De concreto germinan

Poblaciones se expanden

No existen límites

¡Avancen despacio!

¿De qué sirve la prisa?

Si entre hojas secas

Perecemos hoy

La lluvia amainaba y el sol empezaba nuevamente a salir. Diego apareció de pronto frente a nosotros, se sentó junto a La Yapanesa y empezó a hablarnos sobre Filipinas y sus siete mil seiscientos cuarenta y un islas, imposibles de visitar todas en una vida. Un impulso repentino, causado por sus palabras, me invitó a calcular.

'Si tienes el dinero suficiente, podrías hacerlo en cinco años once meses y veinticinco días'.

Los tres me miraron desconcertados, reímos a carcajadas sin ninguna explicación. Así transcurrieron los días en Zinga, sin nada fuera de lo común, pronosticar lo que vendría, era simplemente imposible.

(-30)



## 6

Gitay sería la prueba viva de que siempre existe un escenario desafiante, incluso para el más experimentado de los artistas. A las doce del día aparecía frente al bar de Zinga, vestido distinguidamente, con pantalones ajustados, negros o blancos, zapatos de punta y camisas de manga larga que dejaban su velludo pecho al descubierto. Caminaba metódicamente hacia la lavandería, con su metro noventa de estatura, sin siquiera percatarse de nuestra existencia. En su imponente presencia, por la cual lo apodábamos el elegante turco coleccionista, lo que más llamaba la atención de él a esa hora del día, era que, en oposición a su elegancia, llevara la mano izquierda cubierta con un guante de hule blanco, y en la diestra, sujetara una funda plástica amarilla descolorida. Algo así como toparse con un roquero con botas de *Doraemon*, una imagen que no va. Era su técnica de lavado, una especie de elegante (¿sería que en él todo era elegante?) lavadora manual de aplicación matutina, muy eficiente según su criterio, que con los días todos copiamos y bautizamos como Gitay Style.

Desconocíamos su proveniencia (la de la técnica de lavado), sabíamos que por siete años había estado viajando por el planeta (el turco coleccionista), así que era posible que la hubiera aprendido en cualquier lugar. Tenía el vicio (¿cuándo un vicio se convierte en negativo?) de querer pisar, al menos una vez en su vida, la capital de todos los países, y no estaba muy lejos de poderlo lograr. Había aprendido mucho de la vida, conocía del mundo como nosotros de nuestras casas, y a pesar de todo, aquel diestro viajero empedernido tenía algo escondido, un miedo que descubrimos al visitar Devil's Pool.

Llegamos al estacionamiento en el taxi destartado de uno de los amigos de Regalo, el dueño de Zinga. El sol de la tarde aún alumbraba a los últimos extranjeros que abandonaban el Parque Nacional, hogar de las cataratas Victoria, en la frontera entre Zambia y Simbabwe. Por las ventanas del auto ingresaba su luz, creando en nuestra atmósfera interna, un juego de tonos que semejaba la piel de los leopardos. 'Esperen un momento aquí', nos dijo Regalo y se marchó. Habíamos conseguido un tour clandestino por un precio mucho menor al normal, así que debía asegurarse de que las condiciones fueran las adecuadas para entrar. Al volver él, descendimos, caminamos detrás. Genoveva se me acercó al oído, 'me emputa que los recursos naturales tengan precios para turistas ricos', me susurró. '¿Por qué no pueden existir empresas locales que cobren un precio justo? ¿Qué tan ricos quieren hacerse con estos precios excesivos?'

Su enojo era el rechazo a la concesión que el gobierno Zambiano había dado a una empresa extranjera para que asumiera el servicio turístico de las cataratas. 'Tenemos suerte de que lo vayamos a conocer', le dije. Aunque sabía que ella tenía razón, poco podíamos hacer en contra de las

grandes corporaciones y los negocios entre ellas y los gobiernos de los países. 'Si no nos unimos entre todos los ciudadanos del mundo en contra del poder de las grandes corporaciones, la tarea está perdida'. No dijo nada, pero su malhumor aumentó. Seguimos de frente hacia la garita, donde Regalo saludó al guardia y nosotros hicimos igual.

Ya dentro del Parque, el sonido del agua cayendo desde el acantilado nos indicó que íbamos por buen camino. Algunos claros en la vegetación nos permitían ver, a la distancia, el vapor producido por la evaporación, e incluso en ocasiones, la cascada misma, era espectacular. La tentación de salir del trayecto y dar un vistazo era considerable, pero el tiempo escaseaba y debíamos darnos prisa, la noche llegaría en pocas horas, y disfrutar de la piscina, sin luz, sería imposible.

Para Gitay sin embargo, la tentación pudo más que su voluntad, desbordaba de emoción, su pálido rostro, propio de quien utiliza cremas faciales y se abstiene del contacto con el sol, contenía una enorme sonrisa. Se escabulló hacia el borde del camino para hacer algunas fotografías y se retrasó. Regalo, desesperado, lo apuraba, le gritaba a que se diera prisa. Nos alcanzaron finalmente en la orilla del río Zambezi, cuando el hombre que nos guiaba nos indicaba el delgado borde de una pequeña represa por el que debíamos cruzar. Él y Regalo, sin perder tiempo, tomaron la delantera, yo los seguí, Genoveva y Gitay me siguieron detrás.

El agua helada erizó nuestros cuerpos al contacto inicial, la corriente continua del río hacía esfuerzo para atravesar la barrera carnosa que paso a paso le imponíamos en nuestro caminar pausado y lateral, cubriéndonos hasta los tobillos, mientras el estruendo de la cascada, lejos a nuestras espaldas, nos recordaba la caída de ciento ocho metros que visitaríamos si nos dejábamos caer.

El primer indicio de que algo no andaba bien, lo sentí cuando Genoveva me apretó la mano con rigidez. 'Anda más despacio', murmuró, '¡Gitay me está halando para atrás, me puedo caer!'. Habíamos decidido tomarnos de las manos para cruzar el río. Yo agarraba la izquierda de Genoveva y ella la equivalente de Gitay. De esa manera nos equilibrábamos y brindábamos seguridad. ¿Qué le ocurría? Instintivamente regresé a verla apenas ella me lo dijo, su rostro era aún más blanco de lo normal, su metro noventa se había reducido por lo menos diez centímetros, haciéndolo similar a esos gusanos blancos que achican sus cuerpos cuando algo extraño los toca por casualidad, se percibía en él pavor.

No pude hacer otra cosa que ralentizar mi marcha y proseguir aún más lentamente, con cautela, cuidando a cada paso que Genoveva me siguiera sin dificultad. Aun así, la tensión que ella le imprimía a mi mano, a medida que cruzábamos el caudaloso río, continuaba incrementándose, llegando finalmente a alcanzar un éxtasis insoportable, a poco más de la mitad del

camino, que nos obligó a los tres a detenernos una vez más. Entonces no regresé a verlo a él, y no fue necesario, su miedo se trasladó, trémulo, sobre la piel de Genoveva, de un extremo al otro, alcanzando mi cuerpo, contagiándome de él, imprimiendo en mí su angustia reprimida. También temblé, pero nada podía hacer, sabía que era peligroso permanecer allí, un desbalance repentino nos haría caer a los tres.

‘No tenemos otro camino’, le dije a Genoveva, que me miraba angustiada. ‘¡Debemos seguir!’.

‘Pero por favor, camina despacio’, me suplicó. Gitay sudaba frío, temblaba, pero permanecía sin mencionar palabra.

Así lo hice, reinicié la marcha sin mirar atrás, atravesábamos lentamente la represa, tirando yo de la mano a Genoveva y ella por su parte guiándolo a él. Ninguno hablaba, alguien a la distancia hubiera creído estar observando el acto de tres trapeceistas principiantes atravesando dramáticamente la cuerda floja por el aire. Sus reacciones habrían sido: al primer movimiento extraño cerrar los ojos y gritar de pavor, su cuerpo crispase por el escalofrío. Luego, a cada paso, contagiarse de nuestro miedo, temblar con la sensación del agua helada, sudar a cada paso con el avance lento y eterno, y finalmente emocionarse y llenarse de alegría con nuestra llegada, festejando con gritos y aplausos que el acto había terminado por fin. Pero no sucedió, nadie aplaudió, eso sí, la emoción de Gitay era lo más grande que yo hubiera visto jamás.

La segunda etapa la hicimos en bote hasta la Isla Livingstone. El sol de la tarde, difuminado como en un cuadro de Van Gogh, tras el vapor producido por la evaporación de la caída, que formaba una especie de espejo traslúcido que nos maravillaba, continuaba su descenso hacia el oeste, justo en frente de ‘Mosi-oa-Tunya’, la gran cascada, cuyo tronar nos recibía a toda voz.

Descendimos en la orilla, atravesamos a pie el terreno hasta dar con el elegante restaurante para turistas, que a esa hora de la tarde se encontraba vacío. Un hombre en pantaloneta y sin camisa apareció, nos indicó seguirlo y lo hicimos de prisa, pero a Gitay lo habíamos perdido nuevamente de vista. Supusimos que se entretenía tomando fotografías, así que no le prestamos atención. Por fin apareció cuando el hombre sin camisa, ya en el agua, nos indicaba el procedimiento a seguir. Eran notables la experiencia y cuidado que tenía. Se percibía en su rostro y en su manera ruda de hablar, que no estaba dispuesto a que ninguno de nosotros sufriera alguna lesión, o menos aún, cayera por el abismo.

‘¿Saben nadar bien?’, nos preguntó con su voz firme. ‘Si no saben nadar es mejor que me lo digan’. Hablaba como en instrucción militar. Los tres

asentimos.

Enseguida oteó rápidamente el lugar y continuó, dando indicaciones con sus manos, a medida que ingresaba al río. 'Vamos a nadar en aquella dirección, desde ahí nos dejaremos arrastrar hasta la gran roca que se ve en frente. ¿Entendido?' Asentimos por segunda ocasión. El sol caía y no había tiempo que perder.

De repente, Gitay regresó a la orilla, había olvidado quitarse sus zapatillas.

'¿Tú?', le gritó el hombre cuando lo vio salir. '¿A dónde piensas que vas?' Era delgado pero musculoso. Jornadas diarias de tratar con cientos de turistas le daban la confianza de imponer sus reglas a cualquier límite. '¿En verdad sabes nadar? ¡No vayas a mentirme!' Aunque era de corta estatura, más bajo que los tres, su poderosa voz nos intimidó.

'No he nadado en siete años, pero aprendí cuando era chico'.

¿En verdad había dado esa respuesta Gitay?

'Esto no es un juego amigo. ¿Sabes o no sabes nadar?' El malhumor empezaba a manifestarse en la mirada del pequeño hombre fornido, cuyo color iba adquiriendo el mismo tono rojizo del atardecer.

'¿Sabes o no sabes nadar?', repitió.

Gitay no contestó, pero hubo algo en su manera de apartar la mirada, que me indicó que quizás no había entrado al agua nunca en su vida. Sin embargo, su deseo de llegar a la piscina más peligrosa del mundo, en el filo de la catarata, lo hizo asentir. 'Sí sé', dijo.

Entonces hicimos lo que el guía y los conocimientos de la natación en ríos decían, empezamos a nadar corriente arriba y en diagonal, de manera que, llegados al punto preciso, solo sería necesario dejarnos arrastrar. El hombre fornido iba del lado de la catarata por precaución, Genoveva iba delante de mí, cerca de él, yo los seguía. Apenas llegamos al punto de arrastre nos dimos cuenta de que Gitay no venía, permanecía agachado a pocos metros de la orilla, con el agua cubriéndole hasta la altura de la barbilla. 'Quédate ahí', gritó furibundo el guía. '¡Su amigo no sabe nadar, no puede venir!'.

No supimos qué decir, nos dejamos arrastrar hasta zona segura, desde donde, a pocos metros de la gran cascada, lo veíamos a Gitay que continuaba con intenciones de nadar. Se acercaba a la corriente, vacilaba, regresaba a la orilla, volvía a intentar, parecía un niño en su intento de aprender. El guía repetía con furia, '¡quédate ahí!, no nades, ¡quédate ahí!'. Sin embargo, como ya había sucedido antes, su impulso pudo más

que la precaución. Se lanzó al agua y empezó a brucear. La fuerza de la corriente era, sin embargo, más fuerte que su aspiración, ésta lo arrastraba en dirección a la caída, lo ahogaba.

Devil's Pool es considerada la piscina natural más peligrosa del mundo porque se encontraba en el borde de un risco natural de ciento ocho metros de altitud. Nadar en ella, con la corriente del río empujándote hacia la muerte, no era algo que pudiera tenerse como chiste, abandonar la zona segura podía terminar en fatalidad.

Desde nuestra posición en la gran roca de descanso, el volumen de agua que se despeñaba ante nosotros, sumado al estruendo que provocaba al caer, nos estremecía mientras contemplábamos cómo era arrastrado nuestro amigo. Genoveva gritó, '¡inada con fuerza Gitay!'. Pero su gigantesco cuerpo no respondía, su inmaculada blancura se emparejaba con la espuma que se formaba al golpear el agua contra las rocas antes de caer. Su metro noventa de altura era arrastrado vigorosamente como una diminuta hoja arrancada de un árbol macizo. El guía se lanzó al agua, Gitay braceaba, por nada en el mundo lo hubiera podido alcanzar. Por escasos segundos lo perdimos de vista, Genoveva hundió su rostro entre sus manos.

Tuvo suerte de que una soga de protección, colocada a lo largo de una saliente rocosa, estuviera dispuesta entre la orilla y la zona de seguridad y lo detuviera en seco hasta que el guía llegaría finalmente junto a él, llevándolo hasta una roca donde descansar. A la distancia, su cuerpo entero se nos presentaba lívido. Nos observaba entre alegre y confundido, se ponía de pie, se volvía a agachar, parecía no escucharnos cuando le gritábamos que se dejara guiar hacia nosotros. Otro guía apareció, había escuchado nuestros gritos; tras varios minutos de intentos fallidos lo trasladaron a la roca donde esperábamos por él.

'Fue divertido', decía. 'Fue divertido'.

Lo que pasó luego fue éxtasis total. Bañarnos en el borde de la cascada Victoria fue una sensación indescriptible. Los últimos rayos de sol decoraban de color naranja las moléculas de agua que lanzaba al cielo la evaporación. Las bocas de pequeños peces, en la profundidad del río, disfrutaban de un succulento festín con lo que fuera que arrancaban de nuestra piel. Gitay desbordaba de emoción, se estremecía al sentir los peces alimentándose de él, al sentirse en contacto con el planeta en su forma más natural.

Era tal su emoción, que con gran entusiasmo pidió llegar al borde de la cascada y observar la gloriosa caída. Con la ayuda del guía, colocando su pecho sobre la roca saliente, extendió su cuerpo y sus brazos, formando una cruz, y asomó su rostro lo suficiente para observar hacia abajo la espectacular cabellera que formaba el agua al caer: era el pasatiempo de

la vida, disfrutar ser extraordinaria como es. Los tres estábamos conmovidos, nuestros espíritus estaban felices. Los grandes ojos negros de Gitay expresaban la energía que circulaba por su interior, al igual que su tono de voz expresaba un nuevo renacer.

Cuando contamos la experiencia al llegar a Zinga, le dijo a La Yapanesa: 'nunca antes, en ninguna de las capitales de los más de cien países que he visitado, había sentido lo mismo. Conozco más lugares en el mundo que la mayoría de la población, y aun así, recién hoy comprendí que no es la cantidad de experiencias, sino su intensidad, lo que te puede cambiar la vida. Lo que te causa miedo te paraliza, pero si logras vencer ese miedo, la vida entera te sonríe'.

(-26)

## 7

La noche de Navidad estábamos en el bar de Zinga un conjunto de siete, un exótico grupo humano compuesto por un turco, una taiwanesa, un zambiano, una zimbabuense, dos ecuatorianos y un español. Aunque la fiesta navideña no era típica en todos esos países, ninguno se opuso a celebrarla con una comida: dumplings de verduras de Taiwan, ceviche de pescado de Ecuador, tortilla de papa de España. Chicken, la mujer de Zimbabue, elaboró un pastel de banano, y Regalo decidió abastecer a todos con licor de mango. Gitay fue la excepción, había colocado sobre la mesa una caja de una pizzería local, la que para nuestra sorpresa, contenía solamente un pedazo de pizza. Nos quedamos estupefactos.

'Prometo que la traje con tres pedazos', afirmaba él con sorpresa por la falta. 'Alguien se tuvo que haber comido los otros dos'. Era un caso único Gitay.

Sonrientes todos, el solitario pedazo recorrió de mano en mano hasta terminar en el último bocado. La alegría de la noche bullía con las cucharadas que salían de cada plato. Genoveva sacó de pronto una torta mágica de chocolate, había comprado en el Gueto una porción de marihuana para su elaboración. Repartió los pedazos, Gitay observó el suyo, tragándolo al instante. 'Tiene marihuana Gitay', le dijo La Yapanesa.

Los grandes ojos negros de Gitay se abrieron como lámparas, 'me están mintiendo, nunca la he probado'.

La Yapanesa se ríe y lo tranquilizó, 'descuida, en un rato más vas a sentir lo que pasa'.

Bajo la cálida luz de la covacha, la decoración del lugar se componía de pequeños kayaks y banderas de diferentes países que colgaban del techo,

dos hamacas descansaban solitarias a pocos metros de la mesa de picnic, donde todos permanecíamos sentados. Un par de zapatillas, de distinto color, posaban, cual obra de arte, bajo una de las hamacas. Los rostros, independientes, se encontraban todos alegres. Aunque poseíamos historias completamente distintas y pasados distantes, algo en común nos reunía aquel día en aquel lugar.

¿Les pasa que no siempre congenian con la gente?', les pregunté.

'A menudo me pasa, la mayoría de las veces los encuentros son pasajeros y sin encanto', respondió La Yapanesa. Sostenía en la mano el último pedazo de torta mágica, que ya se disponía a ingerir.

'Es extraño que entre nosotros exista algo que nos una, ¿no creen? Provenimos de lugares tan distantes, de culturas asombrosamente diferentes. Y mirémonos aquí, celebrando juntos una Navidad'.

'Según yo es el destino', dijo Genoveva. 'Es obvio que teníamos que reunirnos aquí'.

'¿Reunirnos para qué? Todos somos huérfanos esta Navidad', añadió Diego, sin alzar la mirada de su computador, escudriñaba en sus archivos las canciones que ambientaran el momento.

'Para mí, lo que nos une es que hablamos todos en la que no es nuestra lengua materna', dijo Gitay.

'De acuerdo contigo Gitay', dijo Regalo. '¿Y qué hay de nuestra manera de vivir? ¿No es verdad que lo que nos une a las personas no es una nacionalidad, sino una manera de vivir, el compartir una situación similar en determinado momento de nuestras vidas? Si todo eso cambiara, ¿podríamos seguir siendo grandes a